

escritos 2

**biblioteca clásica
de siglo veintiuno**

jacques lacan **escritos 2**

edición revisada y corregida por Jacques Lacan,
Juan David Nasio y Armando Suárez

Traducción de Tomás Segovia y Armando Suárez

Biblioteca Nueva

siglo xxi editores, s. a. de c. v.

CERRO DEL AGUA, 248, ROMERO DE TERREROS,
04310, MÉXICO, DF
www.sigloxxieditores.com.mx

salto de página, s. l.

ALMAGRO, 38,
28010, MADRID, ESPAÑA
www.saltodepagina.com

editorial anthropos / nariño, s. l.

DIPUTACIÓ, 266,
08007, BARCELONA, ESPAÑA
www.anthropos-editorial.com

siglo xxi editores, s. a.

GUATEMALA, 4824,
C 1425 BUP, BUENOS AIRES, ARGENTINA
www.sigloxxieditores.com.ar

biblioteca nueva, s. l.

ALMAGRO, 38,
28010, MADRID, ESPAÑA
www.bibliotecanueva.es

[Écrits II.Español]

LACAN, JACQUES

Escritos 2 ; traducción del francés por Tomás Segovia y Armando Suárez ; Jacques Lacan, Juan David Nasio y Armando Suárez (rev.). - Madrid : Biblioteca Nueva, 2013

390 p.; 23 cm

ISBN Obra completa 978-84-15555-22-3

ISBN 978-84-15555-20-9

1. Psicosis 2. Cura 3. Personalidad 4. Simbolismo 5. Inconsciente
6. Deseo 7. Psicoanálisis 8. Psicología I. Segovia, Tomás y Suárez, Armando, trad. II. Lacan, Jacques, Nasio, Juan David y Suárez, Armando, rev.

616.8 MMH

159.9 JM

159.97 MMJ

Título original: *Écrits II*

- © 1966, Éditions du Seuil
- © 1975, Siglo XXI Editores, S. A. de C. V.
- © 2002, Siglo XXI Editores Argentina S. A.
- © 2013, para esta edición, Editorial Biblioteca Nueva, S. L.

El titular de los derechos para publicar esta obra en español es SIGLO XXI EDITORES, S. A. DE C.V., quien autorizó a EDITORIAL BIBLIOTECA NUEVA, S. L. a realizar la presente reimpresión para ser comercializada únicamente dentro del territorio europeo.

Diseño de interior: tholön kunst

1.ª edición en Editorial Biblioteca Nueva, S. L., 2013

ISBN Obra completa: 978-84-15555-22-3

ISBN Volumen 2: 978-84-15555-20-9

Depósito legal: M-192-2013

Impreso en Lával Industria Gráfica, S. A.

Impreso en España-*Printed in Spain*

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sigs. Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Índice general

TOMO 1

Nota del director de esta colección, <i>por Armando Suárez</i>	11
Nota del traductor, <i>por Tomás Segovia</i>	15
Uno	
Obertura de esta recopilación	21
El seminario sobre “La carta robada”	23
Dos	
De nuestros antecedentes	73
Más allá del “Principio de realidad”	81
El estadio del espejo como formador de la función del yo [<i>jé</i>] tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica	99
La agresividad en psicoanálisis	107
Introducción teórica a las funciones del psicoanálisis en criminología	129
Acerca de la causalidad psíquica	151
Tres	
El tiempo lógico y el aserto de certidumbre anticipada. Un nuevo sofisma	193
Intervención sobre la transferencia	209
Cuatro	
Del sujeto por fin cuestionado	223
Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis	231
Variantes de la cura-tipo	311
De un designio	347
Introducción al comentario de Jean Hyppolite sobre la <i>Verneinung</i> de Freud	351

Respuesta al comentario de Jean Hyppolite sobre la <i>Verneinung</i> de Freud	363
La cosa freudiana, o sentido del retorno a Freud en psicoanálisis	379
El psicoanálisis y su enseñanza	411
Situación del psicoanálisis y formación del psicoanalista en 1956	431
La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud	461

TOMO 2

Cinco

De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis	509
La dirección de la cura y los principios de su poder	559
Observación sobre el informe de Daniel Lagache: “Psicoanálisis y estructura de la personalidad”	617
La significación del falo	653
En memoria de Ernest Jones. Sobre su teoría del simbolismo	663
<i>De un silabario a posteriori</i>	683
Ideas directivas para un congreso sobre la sexualidad femenina	689

Seis

Juventud de Gide o la letra y el deseo	703
Kant con Sade	727
Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano	755
Posición del inconsciente	789
Del <i>Trieb</i> de Freud y del deseo del psicoanalista	809
La ciencia y la verdad	813

Apéndices

1. Comentario hablado sobre la <i>Verneinung</i> de Freud, por Jean Hyppolite	837
2. La metáfora del sujeto	847

Índices

Índice razonado de los conceptos principales	855
Tabla comentada de las representaciones gráficas	865
Términos de Freud en alemán	871
Índice onomástico	875
Referencias bibliográficas en orden cronológico	885

Cinco

De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis¹

Hoc quod triginta tres per annos in ipso loco studui, et Sanctae Annae Genio loci, et dilectae juventuti, quae eo me sectata est, diligenter dedico. [Dedico devotamente este trabajo al genio local de Sainte-Anne en que me consagré al estudio durante treinta y seis años y a la amada juventud que allí me siguió. AS]

I. HACIA FREUD

1. Medio siglo de freudismo aplicado a la psicosis deja su problema todavía por pensarse de nuevo, dicho de otro modo, en el *statu quo ante*.

Podría decirse que antes de Freud su discusión no se desprende de un fondo teórico que se presenta como psicología y no es sino un residuo “laicizado” de lo que llamaremos la larga cocción metafísica de la ciencia en la Escuela (con la E mayúscula que le debe nuestra reverencia).

Ahora bien, si nuestra ciencia, que concierne a la *physis*, en su matematización cada vez más pura, no conserva de esa cocina sino un relente tan discreto que podemos legítimamente preguntarnos si no habrá habido sustitución de persona, no sucede lo mismo en lo que concierne a la *antiphysis* (o sea, al aparato vivo que se supone apto para tomar la medida de dicha *physis*), cuyo olor a refrito delata sin duda alguna la práctica secular en esa cocina de la preparación de sesos.

Así, la teoría de la abstracción, necesaria para dar cuenta del conocimiento, se ha fijado en una teoría abstracta de las facultades del sujeto, que las peticiones sensualistas más radicales no han podido hacer más funcionales en lo que hace a los efectos subjetivos.

¹ Este artículo contiene lo más importante de lo que dimos en nuestro seminario durante los dos primeros trimestres del año de enseñanza 1955-56; queda pues excluido el tercero. Aparecido en *la Psychanalyse*, vol. 4.

Las tentativas siempre renovadas de corregir sus resultados por los contrapesos variados del afecto deben efectivamente seguir siendo vanas mientras se omite preguntar si es realmente el mismo sujeto el que es afectado por ellos.

2. Es la pregunta que en los bancos de la escuela (con *e* minúscula) se aprende a eludir de una vez por todas: puesto que incluso admitiendo las alternancias de identidad del *percipiens*, su función constituyente de la unidad del *perceptum* no se discute. Desde ese momento la diversidad de estructura del *perceptum* sólo afecta en el *percipiens* una diversidad de registro, en último análisis la de los *sensoriums*. De derecho esta diversidad es siempre superable, si el *percipiens* se mantiene a la altura de la realidad.

Por eso aquellos a quienes cabe el cargo de responder a la pregunta que plantea la existencia del loco no han podido evitar interponer entre ella y ellos esos bancos de la escuela, cuya muralla les ha parecido en esta ocasión propicia para mantenerlos al abrigo.

Nos atrevemos efectivamente a meter en la misma bolsa, si puede decirse, todas las posiciones, sean mecanicistas o dinamistas en la materia, sea en ellas la génesis del organismo o del psiquismo, y la estructura de la desintegración o del conflicto, sí, todas, por ingeniosas que se muestren, por cuanto en nombre del hecho, manifiesto, de que una alucinación es un *perceptum* sin objeto, esas posiciones se atienen a pedir razón al *percipiens* de ese *perceptum*, sin que a nadie se le ocurra que en esa pesquisa se salta un tiempo, el de interrogarse sobre si el *perceptum* mismo deja un sentido unívoco al *percipiens* aquí conminado a explicarlo.

Este tiempo debería parecer sin embargo legítimo a todo examen no prevenido de la alucinación verbal, por el hecho de que no es reductible, como vamos a verlo, ni a un *sensorium* particular ni sobre todo a un *percipiens* en cuanto que le daría su unidad.

Es un error, en efecto, considerarla como auditiva por su naturaleza, cuando es concebible en última instancia que no lo sea en ningún grado (en un sordomudo por ejemplo, o en un registro cualquiera no auditivo de delirio alucinatorio), pero sobre todo si se considera que el acto de oír no es el mismo según que apunte a la coherencia de la cadena verbal, especialmente a su sobredeterminación en cada instante por el efecto a *posteriori* de su secuencia, así como también a la suspensión en cada instante de su valor en el advenimiento de un sentido siempre pronto a ser aplazado — o según que se acomode en la palabra a la modulación sonora a tal fin de análisis acústico: tonal o fonético, incluso de potencia musical.

Estos recordatorios muy abreviados bastarían para hacer valer la diferencia de las subjetividades interesadas en la mira del *perceptum* (y cómo se la desconoce en el interrogatorio de los enfermos y la nosología de las “voces”).

Pero podría pretenderse reducir esta diferencia a un nivel de objetivación en el *percipiens*.

No hay nada de esto sin embargo. Porque es en el nivel donde la “síntesis” subjetiva confiere su pleno sentido a la palabra donde el sujeto muestra todas las paradojas de que es paciente en esa percepción singular. Que estas paradojas aparecen ya cuando es el otro el que profiere la palabra, es cosa que queda bastante manifiesta en el sujeto por la posibilidad de obedecer a ella en cuanto que gobierna su escucha y su puesta en guardia, pues con sólo entrar en contacto con su audición, el sujeto cae bajo el efecto de una sugestión de la que sólo escapa reduciendo al otro a no ser sino el portavoz de un discurso que no es de él o de una intención que mantiene en él en reserva.

Pero más notable aún es la relación del sujeto con su propia palabra, donde lo importante está más bien enmascarado por el hecho puramente acústico de que no podría hablar sin oírse. Que no pueda escucharse sin dividirse es cosa que tampoco tiene nada de privilegiado en los comportamientos de la conciencia. Los clínicos han dado un paso mejor al descubrir la alucinación motriz verbal por detección de movimientos fonatorios esbozados. Pero no por ello han articulado dónde reside el punto crucial: es que, dado que el *sensorium* es indiferente en la producción de una cadena significante:

1º ésta se impone por sí misma al sujeto en su dimensión de voz;

2º toma como tal una realidad proporcional al tiempo, perfectamente observable en la experiencia, que implica su atribución subjetiva;

3º su estructura propia en cuanto significante es determinante en esa atribución que, por regla, es distributiva, es decir, con varias voces, y que plantea pues, como tal, al *percipiens*, pretendidamente unificador, como equívoco.

3. Ilustraremos lo que acaba de enunciarse con un fenómeno desgajado de una de nuestras presentaciones clínicas del año 1955-56, o sea, el año mismo del seminario cuyo trabajo evocamos aquí. Digamos que semejante hallazgo no puede ser sino el premio de una sumisión completa, aun cuando sea advertida, a las posiciones propiamente subjetivas del enfermo, posiciones que son demasiado a menudo forzadas al reducirlas en el diálogo al proceso mórbido, reforzando entonces la dificultad de penetrarlas con una reticencia provocada no sin fundamento en el sujeto.

Se trataba en efecto de uno de esos delirios de dos cuyo tipo hemos mos-

trado desde hace mucho en la pareja madre-hija, y en el que el sentimiento de intrusión, desarrollado en un delirio de vigilancia, no era sino el desarrollo de la defensa propia de un binario afectivo, abierto como tal a cualquier alienación.

Fue la hija la que, en el curso de nuestro examen, nos adelantó como prueba de las injurias con que las dos tropezaban de parte de sus vecinos un hecho referente al amigo de la vecina que se suponía que las hostigaba con sus ataques, después de que tuvieron que poner fin con ella a una intimidad acogida con complacencia al principio. Ese hombre, implicado por lo tanto en la situación de manera indirecta, y figura por lo demás bastante borrosa en los alegatos de la enferma, había lanzado, si habíamos de creerla, dirigido a ella, cuando se cruzaban en el pasillo, el término grosero: “¡Marrana!”.

Ante lo cual nosotros, poco inclinados a reconocer en él la retorsión de un “¡Cerdo!” demasiado fácil de extrapolar en nombre de una proyección que no representa nunca en semejante caso sino la del psiquiatra, le preguntamos simplemente lo que en ella misma había podido proferir el instante anterior. No sin éxito: pues nos concedió con una sonrisa haber murmurado en efecto ante la vista del hombre estas palabras de las cuales, según ella, no tenía por qué ofenderse: “Vengo del fiambrero...”.

¿A quién apuntaban? Le era bien difícil decirlo, y nos daba así derecho a ayudarla. En cuanto a su sentido textual, no podremos descuidar el hecho entre otros de que la enferma había dejado de la manera más repentina a su marido y a su familia política y dado así a un matrimonio reprobado por su madre un desenlace que quedó en lo sucesivo sin epílogo, a partir de la convicción a que había llegado de que esos campesinos se proponían, nada menos, para acabar con esa floja ciudadana, despedazarla concienzudamente.

Qué importa sin embargo que haya que recurrir o no al fantasma del cuerpo fragmentado para comprender cómo la enferma, prisionera de la relación dual, responde de nuevo aquí a una situación que la rebasa.

Para nuestro fin presente basta con que la enferma haya confesado que la frase era alusiva, sin que pueda con todo mostrar otra cosa sino perplejidad en cuanto a captar hacia quién de los copresentes o de la ausente apuntaba la alusión, pues aparece así que el *yo* [*jé*], como sujeto de la frase en estilo directo, dejaba en suspenso, conforme a su función llamada de *shifter* en lingüística,² la designación del sujeto hablante mientras la alusión, en su inten-

2 Roman Jakobson toma este término de Jespersen para designar esas palabras del código que sólo toman sentido por las coordenadas (atribución, fechado, lugar de emisión) del mensaje. Referidas a la clasificación de

ción conjuratoria sin duda, quedase a su vez oscilante. Esa incertidumbre llegó a su fin, una vez pasada la pausa, con la aposición de la palabra “marra”, demasiado pesada de invectiva, por su parte, para seguir isocrónicamente la oscilación. Así es como el discurso acabó por realizar su intención de rechazo en la alucinación. En el lugar donde el objeto indecible es rechazado en lo real, se deja oír una palabra, por el hecho de que, ocupando el lugar de lo que no tiene nombre, no ha podido seguir la intención del sujeto sin desprenderse de ella por medio del guión de la réplica: oponiendo su antistrofa de depreciación al refunfuño de la estrofa restituida desde ese momento a la paciente con el índice del yo (*je*), y reuniéndose en su opacidad con las jaculatorias del amor, cuando, ante la escasez de significante para llamar al objeto de su epitalamio, usa para ello del expediente de lo imaginario más crudo. “Te como... —¡Bombón!”. “Te desmayas... —¡Ratoncito!”

4. Este ejemplo sólo se promueve aquí para captar en lo vivo que la función de irrealización no está toda en el símbolo. Pues para que su irrupción en lo real sea indudable, basta con que éste se presente, como es común, bajo forma de cadena rota.³

Se toca en ello también ese efecto que tiene todo significante una vez percibido de suscitar en el *percipiens* un asentimiento hecho del despertar de la duplicidad oculta del segundo por la ambigüedad manifiesta del primero.

Por supuesto todo esto puede ser considerado como efectos de espejismo en la perspectiva clásica del sujeto unificador.

Es notable únicamente que esa perspectiva, reducida a sí misma, no ofrezca sobre la alucinación por ejemplo más que puntos de vista de una pobreza tal, que el trabajo de un loco, sin duda tan notable como muestra ser el Presidente Schreber en sus *Memorias de un neurópata*,⁴ puede, después de ha-

Peirce, son símbolos-índices. Los pronombres personales son su ejemplo eminente: sus dificultades de adquisición como sus déficit funcionales ilustran la problemática engendrada por esos significantes en el sujeto.

(Roman Jakobson, *Shifters, verbal categories, and the russian verb*, Russian Language Project, Department of Slavic Languages and Literatures. Harvard University, 1957. [“Los conmutadores, las categorías verbales y el verbo ruso”, en *Ensayos de lingüística general*, Barcelona, Seix Barral, 1975. AS].)

3 Cf. el seminario del 8 de febrero de 1956 en el que desarrollamos el ejemplo de la vocalización “normal” de: *la paix du soir* [“la paz de la noche”].

4 *Denkwürdigkeiten eines Nervenkranken, von Dr. jur. Daniel-Paul Schreber, Senätspräsident beim kgl. Oberlandesgericht Dresden a. D.- Oswald Mutze in, Leipzig, 1903* [*Memorias de un enfermo nervioso*, Buenos Aires, C. Lohlé, 1979], del que preparamos la traducción francesa para uso de nuestro grupo.

ber recibido la mejor acogida, desde antes de Freud, por parte de los psiquiatras, ser considerado incluso después de él como un volumen digno de proponerse para iniciarse en la fenomenología de la psicosis, y no sólo al principiante.⁵

En cuanto a nosotros, nos proporcionó la base de un análisis de estructura, cuando, en nuestro seminario del año 1955-1956 sobre las estructuras freudianas en las psicosis, reanudamos, siguiendo el consejo de Freud, su examen.

La relación entre el significante y el sujeto, que ese análisis descubre, se encuentra, como se ve en este exordio, desde el aspecto de los fenómenos, si, regresando de la experiencia de Freud, se sabe el punto adonde conduce.

Pero este arranque del fenómeno, convenientemente proseguido, volvería a encontrarse con ese punto, como fue el caso para nosotros cuando un primer estudio de la paranoia nos llevó hace treinta años al umbral del psicoanálisis.⁶

En ningún sitio en efecto está más fuera de propósito la concepción falaz de un proceso psíquico en el sentido de Jaspers, del que el síntoma no sería sino el índice, que en el abordamiento de la psicosis, porque en ningún sitio el síntoma, si se sabe leerlo, está más claramente articulado en la estructura misma.

Lo cual nos impondrá definir este proceso por los determinantes más radicales de la relación del hombre con el significante.

5. Pero no hace falta estar en ésas para interesarse en la variedad bajo la cual se presentan las alucinaciones verbales en las *Memorias* de Schreber, ni para reconocer en ellas diferencias muy otras que aquellas en que se las clasifica “clásicamente”, según su modo de implicación en el *percipiens* (el grado de su “creencia”) o en la realidad de aqueste (la “auditivación”): a saber, antes

5 Es sobre todo la opinión que expresa el autor de la traducción inglesa de esas *Memorias*, aparecida el año de nuestro seminario (cf. *Memoirs of my nervous illness*, trad. de Ida Macalpine y Richard Hunter, W. M. Dawson and Sons, Londres), en su introducción, p. 25. Da cuenta en el mismo lugar de la fortuna del libro, pp. 6-10.

6 Es nuestra tesis de doctorado en medicina, intitulada: *De la psychose paranoïaque dans ses rapports avec la personnalité*, que nuestro maestro Heuyer, escribiendo a nuestra persona, juzgó muy pertinentemente en estos términos: Una golondrina no hace verano, añadiendo a propósito de nuestra bibliografía: Si ha leído usted todo eso, lo compadezco. Lo había leído todo, en efecto.

bien las diferencias que consisten en su estructura de palabra, en cuanto que esta estructura está ya en el *perceptum*.

Si se considera únicamente el texto de las alucinaciones, se establece en ellas de inmediato una distinción para el lingüista entre fenómenos de código y fenómenos de mensaje.

A los fenómenos de código pertenecen en este enfoque las voces que hacen uso de la *Grundsprache*, que traducimos por lengua-de-fondo, y que Schreber describe (S. 13-1)⁷ como “un alemán un tanto arcaico, pero siempre riguroso, que se señala muy especialmente por su gran riqueza en eufemismos”. En otro lugar (S. 167-xii) se refiere con nostalgia “a su forma auténtica por sus rasgos de noble distinción y de sencillez”.

Esta parte de los fenómenos está especificada en locuciones neológicas por su forma (palabras compuestas nuevas, pero composición aquí conforme a las reglas de la lengua del paciente) y por su empleo. Las alucinaciones informan al sujeto sobre las formas y los empleos que constituyen el neocódigo: el sujeto les debe, por ejemplo, en primer lugar, la denominación de *Grundsprache* para designarlo.

Se trata de algo bastante vecino a esos mensajes que los lingüistas llaman *autónimos* por cuanto es el significante mismo (y no lo que significa) lo que constituye el objeto de la comunicación. Pero esta relación, singular pero normal, del mensaje consigo mismo se redobra aquí con el hecho de que esos mensajes se supone que están soportados por seres cuyas relaciones enuncian ellos mismos en modos que muestran ser muy análogos a las conexiones del significante. El término *Nervenanhang*, que traducimos por “anexión-de-nervios” y que proviene también de esos mensajes, ilustra esta observación por cuanto pasión y acción entre esos seres se reducen a esos nervios anexados o desanexados, pero también por cuanto éstos, al igual que los rayos divinos (*Gottesstrahlen*), a los que son homogéneos, no son otra cosa sino la entificación de las palabras que soportan (S. 130-x: lo que las voces formulan: “No olvide que la naturaleza de los rayos es que deben hablar”).

Relación aquí del sistema con su propia constitución de significante que habría que remitir al expediente de la cuestión del metalenguaje, y que tiende en nuestra opinión a demostrar la impropiedad de esa noción si apuntase a definir elementos diferenciados en el lenguaje.

7 Los paréntesis que comprenden la letra S seguida de cifras (respectivamente árabe y romana) se emplearán en este texto para remitir a la página y al capítulo correspondiente de las *Denkwürdigkeiten* en la edición original, foliación muy felizmente indicada en los márgenes de la traducción inglesa.

Observamos por otra parte que nos encontramos aquí en presencia de esos fenómenos que han sido llamados erróneamente intuitivos, por el hecho de que el efecto de significación se adelanta en ellos al desarrollo de ésta. Se trata de hecho de un efecto del significante, por cuanto su grado de certidumbre (grado segundo: significación de significación) toma un peso proporcional al vacío enigmático que se presenta primeramente en el lugar de la significación misma.

Lo divertido en este caso es que en la misma medida en que para el sujeto esta alta tensión del significante llega a caer, es decir, que las alucinaciones se reducen a estribillos, a monsergas, cuya vaciedad se imputa a seres sin inteligencia ni personalidad, incluso francamente borrados del registro del ser, que en esa misma medida, decíamos, las voces manifiestan la *Seelenauffassung*, la concepción-de-las-almas (según la lengua fundamental), concepción que se manifiesta en un catálogo de pensamientos que no es indigno de un libro de psicología clásica. Catálogo ligado en las voces a una intención pedante, lo cual no impide al sujeto aportar a él los comentarios más pertinentes. Observemos que en esos comentarios la fuente de los términos es siempre cuidadosamente distinguida, por ejemplo que si el sujeto emplea la palabra *Instanz* (S. nota de 30-II. Conf. notas de 11 a 21-I), subraya en nota: esta palabra es mía.

Así, no se le escapa la importancia primordial de los pensamientos-de-memoria (*Erinnerungsgedanken*) en la economía psíquica, e indica inmediatamente la prueba de esto en el uso poético y musical del estribillo moduladorio.

Nuestro paciente, que califica inapreciablemente esa “concepción de las almas” como “la representación un tanto idealizada que las almas se han formado de la vida y del pensamiento humano” (S. 164-XII), cree gracias a ella haber “logrado visiones sobre la esencia del proceso del pensamiento y del sentimiento en el hombre que muchos psicólogos podrían envidiarle” (S. 167-XII).

Se lo concedemos de buen grado, tanto más cuanto que a diferencia de ellos, estos conocimientos cuyo alcance él aprecia con tanto buen humor, no se imagina haberlos recibido de la naturaleza de las cosas, y que, si cree deber sacar ventaja de ellos, es, acabamos de indicarlo, a partir de un análisis semántico.⁸

8 Anotemos que nuestro homenaje aquí no hace sino prolongar el de Freud, que no tiene escrúpulos en reconocer en el delirio mismo de Schreber una anticipación de la teoría de la libido (*G. W.*, VIII, p. 315 [“Sobre un caso de paranoia...”, A. XII, p. 72]).

Pero para retomar el hilo, pasemos a los fenómenos que opondremos a los precedentes como fenómenos de mensaje.

Se trata de los mensajes interrumpidos, en los que se sostiene una relación entre el sujeto y su interlocutor divino a la que dan la forma de un *challenge* o de una prueba de resistencia.

La voz del interlocutor limita en efecto los mensajes de que se trata a un comienzo de frase cuyo complemento de sentido no presenta por lo demás dificultad alguna para el sujeto, salvo por su lado hostigante, ofensivo, las más de las veces de una inepticia cuya naturaleza es como para desalentarlo. La valentía de que da pruebas para no desmayar en su réplica, incluso para desarmar las trampas a las que lo inducen, no es lo menos importante para nuestro análisis del fenómeno.

Pero nos detendremos aquí también en el texto mismo de lo que podríamos llamar la provocación (o mejor la prótasis) alucinatoria. De semejante estructura el sujeto nos da los ejemplos siguientes (S. 217-XVI): 1] *Nun will ich mich* (ahora me voy a...); 2] *Sie sollen nämlich...* (debe usted por su parte...); 3] *Das will ich mir...* (Voy a...), para atenernos a éstos —a los cuales debe replicar con su suplemento significativo, para él nada dudoso, a saber: 1º rendirme al hecho de que soy idiota; 2º por su parte, ser expuesto (palabra de la lengua fundamental) como negador de Dios y dado a un libertinaje voluptuoso, para no hablar de lo demás; 3º pensarlo bien.

Puede observarse que la frase se interrumpe en el punto donde termina el grupo de las palabras que podríamos llamar términos-índice, o sea, aquellos a los que su función en el significante designa, según el término empleado más arriba, como *shifters*, o sea, precisamente los términos que, en el código, indican la posición del sujeto a partir del mensaje mismo.

Después de lo cual la parte propiamente léxica de la frase, dicho de otro modo, la que comprende las palabras que el código define por su empleo, ya se trate del código común o del código delirante, queda elidida.

¿No es notable la predominancia de la función del significante en esos dos órdenes de fenómenos?, ¿no incita incluso a buscar lo que hay en el fondo de la asociación que constituyen: de un código constituido de mensajes sobre el código, y de un mensaje reducido a lo que en el código indica el mensaje?

Todo esto necesitaría trasladarse con el mayor cuidado a un grafo,⁹ en el que intentamos ese año mismo representar las conexiones internas al significante en cuanto que estructuran al sujeto.

9 Cf. p. 769.

Pues hay allí una topología que es enteramente distinta de la que podría hacernos imaginar la exigencia de un paralelismo inmediato de la forma de los fenómenos con sus vías de conducción en el neuroeje.

Pero esta topología, que está en la línea inaugurada por Freud, cuando emprendió, después de haber abierto con los sueños el campo del inconsciente, la descripción de su dinámica, sin sentirse ligado a ninguna preocupación de localización cortical, es precisamente lo que mejor puede preparar las preguntas con que se interrogará la superficie de la corteza.

Pues sólo después del análisis lingüístico del fenómeno de lenguaje puede establecerse legítimamente la relación que constituye en el sujeto y con ello mismo delimitar el orden de las “máquinas” (en el sentido puramente asociativo que tiene este término en la teoría matemática de las redes) que pueden realizar ese fenómeno.

No es menos notable que sea la experiencia freudiana la que haya inducido al autor de estas líneas en la dirección aquí presentada. Pasemos pues a lo que aporta esa experiencia en nuestra cuestión.

II. DESPUÉS DE FREUD

1. ¿Qué nos ha aportado Freud aquí? Entramos en materia afirmando que, para el problema de la psicosis, esa aportación había desembocado en una recaída.

Es inmediatamente sensible en el simplismo de los resortes que se invocan en concepciones que se reducen todas a este esquema fundamental: ¿cómo hacer pasar lo interior a lo exterior? El sujeto en efecto podrá aquí englobar cuanto quiera un Ello opaco, de todos modos es en cuanto *yo*, es decir, de manera enteramente expresada en la orientación psicoanalítica presente, en cuanto ese mismo *percipiens* imbatible, como se lo invoca en la motivación de la psicosis. Ese *percipiens* tiene completo poder sobre su correlativo no menos incambiado: la realidad, y el modelo de ese poder se toma en un dato accesible a la experiencia común, el de la proyección afectiva.

Pues las teorías presentes se recomiendan por el modo absolutamente crítico en que ese mecanismo de la proyección se pone en uso en ellas. Todo lo objeta y nada lo apoya sin embargo, y menos que nada la evidencia clínica de que no hay nada en común entre la proyección afectiva y sus pretendidos efectos delirantes, entre los celos del infiel y los del alcohólico por ejemplo.

Que Freud, en su ensayo de interpretación del caso del presidente Schreber, que se lee mal cuando se lo reduce a las monsergas que siguieron, em-

plea la forma de una deducción gramatical para presentar en ella el empalme de la relación con el otro en la psicosis, o sea, los diferentes medios de negar la proposición: Lo amo, de donde se sigue que ese juicio negativo se estructura en dos tiempos: el primero, la inversión del valor del verbo: Lo odio, o de inversión del género del agente o del objeto: no soy yo, o bien no es él, es ella (o inversamente); el segundo de interversión de los sujetos: él me odia, es a ella a quien ama, es ella quien me ama —los problemas lógicos formalmente implicados en esa deducción no retienen la atención de nadie.

Es más: que Freud en ese texto deseche expresamente el mecanismo de la proyección como insuficiente para dar cuenta del problema, para entrar en ese momento en un larguísimo, detallado y sutil desarrollo sobre la represión, ofreciendo sin embargo asideros a nuestro problema, digamos únicamente que éstos siguen perfilándose inviolados por encima del polvo removido del solar psicoanalítico.

2. Freud aportó más tarde la *Introducción al narcisismo*. Ha servido para el mismo uso, para un bombeo, aspirante e impelente al capricho de los tiempos del teorema, de la libido por el *percipiens*, el cual es apto así para inflar y desinflar una realidad vejiga.

Freud daba la primera teoría del modo según el cual el yo se constituye a partir del otro en la nueva economía subjetiva, determinada por el inconsciente: se respondía a esto aclamando en ese *yo* el reencuentro del buen viejo *percipiens* a toda prueba y de la función de síntesis.

¿Cómo asombrarse de que el único provecho que se haya sacado para la psicosis haya sido la promoción definitiva de la noción de *pérdida de la realidad*?

No es eso todo. En 1924, Freud escribe un artículo incisivo: “La pérdida de realidad en la neurosis y en la psicosis”, en el que vuelve a llamar la atención sobre el hecho de que el problema no es el de la pérdida de la realidad, sino del resorte de lo que la sustituye. Discurso a los sordos, puesto que el problema está resuelto; el almacén de los accesorios está en el interior, y se los va sacando según las necesidades.

De hecho tal es el esquema con que incluso el señor Katan, en sus estudios en que vuelve tan atentamente a las etapas de la psicosis en Schreber, guiado por su preocupación de penetrar en la fase prepsicótica, se satisface, cuando muestra la defensa contra la tentación instintual, contra la masturbación y la homosexualidad en ese caso, para justificar el surgimiento de la fantasmagoría alucinatoria, telón interpuesto por la operación del *percipiens* entre la tendencia y su estimulante real.